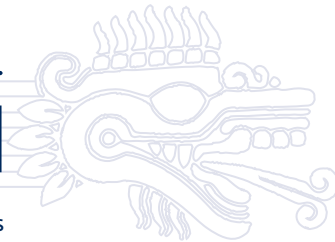


Anahuacalli



Guillermo Nagano Rojas
Síntesis Creativa

DON CELSO TRABAJA EN EL MUSEO desde que tenía 13 años, el jardine-ro-pintor-pedrero-albañil-historiador debe tener hoy cerca de 70 años: me resulta difícil calcular la edad de las personas que viven al aire libre y que además aman lo que hacen, pues en mi experiencia lucen mucho más jóvenes o menos viejos que aquellos que viven en interiores. Escucharlo por 10 minutos abría una rendija para asomarnos a un relato que se antojaba podría durar horas y seguramente días.

Nuestro pequeño grupo de escuchas: una pintora de magueyes y su marido (un contador), Rocío, la joven guía, y yo reconstruimos, a partir de las palabras de don Celso y cada quien a su manera, el último cumpleaños del muralista. El pulque curado de frutas y hierbas de aquel festejo pareció retornar al paladar de este cultivador de relatos que describía a Diego Rivera como si lo estuviera viendo, levemente embriagado por el néctar de los dioses.

Unos meses después, Diego murió, así que aquellos brindis debieron ser parte de algún ritual de preparación para morir, o para decirlo de manera coloquial y más congruente con su oficio: para "pintarse de colores".

Disfrutando del recinto que más tarde legaría al pueblo, rodeado de sus amigos, el pintor se preparaba del brazo de La Catrina para encontrarse con Frida y continuar su paseo dominical por la Alameda, recientemente tan precariamente restaurada y tan ostentosamente presumida.

Los fantasmas que habitan el Anahuacalli debieron estar atentos a la verosimilitud de la remembranza y expresaban, apoderándose del gesto de un inmenso rostro recostado a la sombra del museo (de la producción del escultor Javier Marín), su desacuerdo con aquello que no se ajustaba plenamente a su visión de aquel día. Esta escultura, cuyos rasgos me recordaban al Moisés de Miguel Ángel, con los ojos atentos y expresión adusta, parecía intentar levantarse usando uno de sus rizos a manera de resorte.



Museo Anahuacalli
Fotografía de Guillermo Nagano

La enorme área en que se desplanta el museo es en el verano engañosamente verde, pero basta adentrarse unos pasos para encontrar su verdadero color: el negro de la lava petrificada, con la que los volcanes fondearon el lienzo de la cuenca.

Pequeña selva, refugio de un perro fantasmagórico que se aparecía por las noches, hasta que el hambre lo materializó y ahora aparece puntualmente al medio día, hora en que los almorzantes pueden ofrecerle un buen hueso rescatado de la barbacoa. Se corría el rumor que este enigmático nahual era la encarnación de un perro que Diego poseía, o tal vez descendiente del mismo can, ya que ambos ostentaban el mismo brochazo blanco sobre el pecho.

En el recorrido por el perímetro del lugar buscamos infructuosamente a una iguana o tal vez varias, que el matrimonio que nos acompañaba juraba que había visto desde un balcón de su casa que se asomaba a los jardines del Anahuacalli. Sólo pudimos ver algunos gatos, dos carpas de colores y una tortuga en una pequeña cueva inundada por un río subterráneo. Demasiado tímidas, las iguanas compañeras del perro fantasma prefirieron permanecer en sus refugios al igual que un número que suponemos incontable de serpientes, camaleones, grillos, tarántulas, nahuales y chaneques.

En este jardín, cuya paleta vegetal consiste en árboles, arbustos y cubresuelos, encontramos plantas endémicas e invasoras, todas conviviendo civilizadamente, ofreciendo flores que parecen despedir luz propia y cuyos colores no se encuentran en ningún muestrario, y menos ahora que la tienda de pinturas que se apropió de los colores de Tlacotalpan ha sido comprada por una compañía transnacional.

Mientras la pintora arrancaba con su cámara el alma de los magueyes para transportarla a sus lienzos, quien no conforme, cargó con

una penca que se encontró en el suelo, Rocío contestaba su celular, el contador y yo caíamos en el lugar común de comentar –quejarse ya no divierte– aquello que el país necesita y no se hace; de los despilfarros de los políticos en recintos suntuosos y corruptelas, de los inútiles a futuro segundos pisos, de la falta de inversión en el mantenimiento del museo, y el cuidado de sus áreas verdes, de la falta de educación de los vecinos, que arrojan sus desperdicios al terreno del museo desde las casas colindantes.

Habíamos terminado el recorrido. Don Celso retornó a sus labores de jardinería, Rocío atendió solícita a otros visitantes, el matrimonio se despidió, no sin antes comentar que su hija vive en París, donde como otros jóvenes ha encontrado cobijo, tal vez igual de difícil que aquí, pero con una violencia que obedece a formas diferentes; en especial en ciudades de Canadá, Estados Unidos, América del Sur y, por supuesto, Inglaterra, España y Francia.

Por mi parte, me encaminé a la calle Museo, esperando que apareciera el perro misterioso para guiarme al consomé y los tacos de barbacoa, suaves o dorados, cuyos aromas empezaba a percibir.*



Escultura de Javier Marín
Fotografía de Guillermo Nagano